Joaquín Rivera Chamorro

LA GUERRA CIVIL QUE VINO DE ÁFRICA

FRANCO Y LOS GENERALES QUE REVOLUCIONARON EL EJÉRCITO ESPAÑOL

la esfera de los libros

INTRODUCCIÓN

El objetivo de esta obra es presentar el origen de un grupo de oficiales cuyas carreras quedaron marcadas por el conflicto colonial en el norte de Marruecos en el que España estuvo inmerso, con mayor o menor intensidad, entre 1909 y 1927.

El espacio temporal elegido comienza unos años antes, pues resulta trascendental comprender los cambios y situaciones a las que fue sometido el Ejército español al finalizar el siglo XIX para adentrarse en la fisionomía de los protagonistas. Finaliza en 1922, ya que nuestro propósito es conocer los orígenes de los africanistas, no descartando, en absoluto, continuar esta indagación en próximas publicaciones.

La historia tiene un enfoque cronológico para facilitar la narración. Lo militar es el hilo conductor, pero el aspecto social y político no puede tratarse a vuelapluma, habida cuenta de que los ejércitos se organizan y dirigen desde la política y se nutren de la sociedad a la que sirven.

La investigación se apoya en múltiples fuentes, las principales de las cuales son las hemerotecas y las numerosas publicaciones periódicas de la época, así como los trabajos escritos por los propios protagonistas.

Varias fases del libro profundizan en operaciones militares, cuyo desarrollo es recomendable seguir con la ayuda de los mapas que se adjuntan en los apéndices, donde también se pueden encontrar cuadros cronológicos que facilitan el seguimiento de los acontecimientos.

El objetivo no es profundizar de lleno en la guerra de África hasta el máximo detalle, hay múltiples trabajos que abordan las operaciones de las

campañas en el periodo entre 1909 y 1927. No obstante, sí que se tratan todas las fases del conflicto y las repercusiones de las acciones militares llevadas a cabo.

Se ha tratado, así mismo, de presentar la visión negativa que tenía la sociedad española de entonces de las campañas, así como las acciones de la oposición política y las profundas discrepancias existentes dentro del propio Ejército. La guerra de Marruecos no gozó de popularidad y sería un error abstraerse de todo lo que acontecía en la península mientras los protagonistas se batían en el norte de África.

También se recogen las críticas de los militares peninsulares y el grave conflicto corporativo que surge ya en 1910 entre los militares peninsulares y los que van haciendo carrera en el protectorado.

Este trabajo nace con vocación divulgativa, aunque trata de no perder el rigor académico, por lo que las numerosas citas que aparecen en el texto se encuentran referenciadas al final del libro para facilitar su identificación.

1
LA GENERAL

Nuestro relato comienza un 17 de julio de 1886, justo cincuenta años antes del comienzo de la guerra fratricida que hizo tambalearse a España en 1936. La Academia General Militar —una iniciativa del ministro de la Guerra, Arsenio Martínez Campos secundada por el rey Alfonso XII— había hecho realidad los anhelos de muchos oficiales. Por primera vez, un único centro educativo unificaba la enseñanza militar generando un tronco común de valores y espíritu entre los distintos institutos armados.

El Ejército que vio nacer la Restauración era una suerte de reinos de taifas donde cada arma o cuerpo tenía su propia formación, uniformidad y fisionomía. La primera promoción llegó en 1883 al Alcázar de Toledo, donde se ubicaba, hasta ese momento, el Colegio de Infantería. El Alcázar constituía todo un símbolo castrense y a sus suelos adoquinados llegaban imberbes adolescentes que vestían el uniforme por primera vez.

Diecisiete de julio de 1886, fue en esta fecha cuando «la General», como pronto fue conocida entre profesores y caballeros alumnos, recibió su propia bandera. Las tres primeras promociones habían jurado ante la del Colegio de Infantería, pero la cuarta ya lo haría besando el paño bordado por la mismísima reina María Cristina, ahora, por fallecimiento de su esposo, regente de España.

El general Galbis, director de la academia, fue el encargado de despedir a los miembros de la primera promoción de alumnos formados exclusivamente en el Alcázar de Toledo, que al terminar sus estudios habían conseguido su primer empleo como oficial del Ejército español. Su discurso, lleno de

los barrocos adjetivos propios de la época, enfatizó dos aspectos propios y característicos de la milicia:

> ¿Hay alguno de vosotros que se arrepienta de haber pisado el Alcázar? ¿No habrá ocasión en la vida militar que ahora vais a empezar en que acuda a vuestra mente el recuerdo del amigo que formaba a vuestro lado, el que compartió las fatigas y alegrías? ¿Existirá quien niegue que las afecciones de la primera edad, cuando el corazón está puro, no se borran nunca? Pues si desde este momento os separáis para distribuiros en las filas de todas las Armas e Institutos, de seguro que sin daros cuenta de ellos quedáis unidos con lazos que no se rompen. El que por su desdicha se olvidara de los principios que aquí le han inculcado, por mucha que sea su fortuna, alcanzada a costa de su honra, siempre tendrá presente en la conciencia el remordimiento de haber sido el que echa un borrón sobre sus hermanos, y por más que le satisfagan el juicio y los halagos del mundo corrompido, nunca llegará a contrarrestar la honda pena que nace de la mirada indiferente o el desprecio con que le miran los que aprendieron juntos a ser honrados y honrados viven.
>
> […] Por eso, si algún día ostentáis empleos ganados sublevándose contra la bandera y haciendo derramar sangre a la Patria, tendrían todos derecho de haceros bajar los ojos y consignar por escrito, como alguna vez se ha hecho para vergüenza nuestra, que el Ejército, que debía ser la representación más alta de la honra nacional, es una calamidad pública, soportada únicamente como arma que esgrimen los ambiciosos para escalar al Poder. Si esto fuera cierto, nada más indigno que este traje, ni nada más infundado que nuestro orgullo; pero, por fortuna, el Ejército no es, no ha sido nunca esto; el Ejército ha rechazado siempre con indignación las excepciones que le deshonran; y los sanos, los que pueden tener la cabeza muy levantada, son los que hoy os mandan y los que os mandarán. Id, pues, al lado de ellos, estudiad sus actos, leed su historia y seguid siempre el camino que os trace la Ordenanza.[1]

Con la ventaja de conocer la historia posterior a este discurso, se antoja conveniente enfatizar un par de ideas que aparecen en los dos párrafos seleccionados de las palabras del general Galbis: «Quedáis unidos por lazos que no se rompen». El orgullo de pertenencia, no solo a la Academia, al arma o cuerpo, sino también a la promoción, al conjunto de muchachos

que iniciaron juntos la andadura en una profesión que constituye una forma de vida. Los momentos de dureza de la instrucción y la singularidad de la formación en un centro de carácter militar, sumados a la increíble juventud de los caballeros alumnos, conforman una comunidad que suele perdurar en el tiempo hasta mucho después de alcanzar la edad reglamentaria de retiro.

El segundo párrafo habla de sublevación y del rechazo a las excepciones que deshonran al Ejército. Es preciso contextualizar el momento, 1886, apenas diez años después del fin de la Primera República Española, durante la cual se libraron al mismo tiempo tres guerras: la Cantonal, la tercera de las carlistas y la larga guerra de Cuba, que se prolongó una década hasta que Martínez Campos, el restaurador de Alfonso XII, consiguió pacificar la isla en Zanjón en 1878.

El Ejército de la Restauración reunía una serie de características que lo diferenciaban del liberal que había predominado desde la muerte del rey Fernando VII. Los Espartero, Narváez, O'Donnell, Serrano o Prim habían liderado el sentimiento liberal español en sus diferentes anhelos y sensibilidades. Consiguieron fama y reconocimiento durante las guerras civiles contra la facción carlista y coparon las más altas responsabilidades del Estado, aficionándose a algo tan hispano como el «pronunciamiento».

La Restauración, ideada por Antonio Cánovas del Castillo, trajo una serie de modificaciones que trataban de contener el poder militar sometiéndolo al civil por primera vez en décadas. Por un lado, convirtió al rey en soldado. Alfonso XII había recibido una breve formación militar como un cadete más en Sandhurst (la academia de oficiales del Reino Unido), y vestía con buen porte los uniformes de las distintas armas o institutos. El concepto del «rey soldado» implicaba un sometimiento de la cúpula castrense al monarca. De ese modo, y aunque en los relevos concertados entre los dos partidos dinásticos hubo muchos presidentes del Consejo de Ministros que eran militares; lo cierto es que, entre 1876 y 1923, los generales y almirantes solo formaron parte de los diferentes gobiernos como ministros de Guerra y de Marina, dejando el resto de los ministerios al poder civil.

La Constitución de 1876 era un texto acorde con los estándares liberales de la época. Bajo su paraguas se desarrolló la Ley Constitutiva del Ejército en 1878. El artículo segundo establecía: «La primera y más importante misión del Ejército es sostener la independencia de la patria, y defenderla de enemigos exteriores e interiores». Este aspecto es clave para explicar muchas

de las circunstancias que rodearon la profesión castrense desde la restauración borbónica.

Al contrario de la mayoría de los Estados europeos, España no había tenido amenaza exterior alguna que pudiera comprometer las fronteras peninsulares. Por el contrario, sus militares se habían bregado en los conflictos civiles, tanto los carlistas como las sublevaciones separatistas en Cuba u otros territorios de ultramar.

España era un Estado atrasado con respecto a la evolución que habían tenido algunos de sus homólogos, como el Reino Unido, Francia o las recién constituidas Alemania o Italia. El país que vio restaurar la monarquía de Alfonso XII era montañoso, eminentemente agrícola, con deficientes infraestructuras, insuficientes comunicaciones y unas altas tasas de analfabetismo. En 1877, algunas provincias como Castellón, Almería o Granada superaban el 80 por ciento de personas sin capacidad de leer y escribir. La gran mayoría de las restantes se movían en cifras entre el 70 y el 79 por ciento y solo Álava, Madrid, Palencia, Cantabria o Burgos no llegaban al 40, aunque ninguna bajaba del 30.[2] La propia Barcelona, que comenzó muy pronto a recibir migración ante la necesidad de fuerza de trabajo para su creciente industria, superaba el 50 por ciento.

La organización territorial del Estado se basaba en el concepto liberal, que suprimía los antiguos reinos y se apoyaba en las 49 provincias de Javier de Burgos, establecidas en 1833. Por tanto, solo existían tres niveles de gobierno: el Estado, la diputación provincial y el ayuntamiento. La única organización territorial que aún preservaba la antigua configuración era la militar, apoyada en 19 distritos a cuyo mando había un capitán general: Castilla la Nueva, Cataluña, Andalucía, Valencia, Galicia, Aragón, Granada, Castilla la Vieja, Extremadura, Navarra, Provincias Vascongadas, Burgos, Islas Baleares, Canarias y los de ultramar, que comprendían: la isla de Cuba, la de Puerto Rico y las Filipinas. Las 49 provincias estaban a cargo de mariscales de campo o brigadieres. Dos empleos militares que pasarían a denominarse general de división y general de brigada tras la reforma del 27 de julio de 1889.[3]

La celebrada revolución industrial llegó tarde y muy localizada. Solo algunas regiones se habían subido al carro de la mecanización de los procesos de fabricación. Cataluña fue el paradigma de la industrialización española, y eso trajo el florecimiento de una exitosa burguesía apoyada en una política económica sumamente proteccionista, que establecía mercados cautivos entre la península y las provincias ultramarinas. Con el desarrollo in-

dustrial vino también la organización de la clase obrera auspiciada por la AIT (Asociación Internacional de Trabajadores), que entró en España en 1868 y cobró un especial arraigo en la Ciudad Condal. El tejido productivo barcelonés era singular y su movimiento obrero tenía una fisionomía similar a la de otros estados europeos. En Barcelona surgió la Federación Regional Española de la AIT, que celebró su primer congreso en 1870.

Los obreros y campesinos, cada vez más organizados, comenzaron a protestar por el injusto sistema de reclutamiento, que movilizaba a sus hijos para un servicio militar largo que privaba a la familia de su fuerza de trabajo para el campo o la industria. Aquellos que disponían de 2.000 pesetas podían redimir el servicio activo, librándose así de tener que vestir el uniforme y evitando los insalubres barracones. En el quinquenio comprendido entre 1880 y 1884, murieron en los hospitales militares 7.724 efectivos. Lo que conforma una media de 1.544,8 fallecidos por año. No hubo conflictos bélicos durante ese periodo y la mayoría de los muertos lo fueron por enfermedades como la viruela, el sarampión o la tuberculosis. En las cifras solo están contabilizados los 14 distritos peninsulares, no existen datos de los dos que corresponden a los archipiélagos de Canarias y Baleares o a los desplazados en Cuba, Puerto Rico o Filipinas. Las posibilidades de contraer una enfermedad y fallecer o quedar seriamente afectado por razones médicas eran significativamente altas. Tres de cada cien soldados que se incorporaban a filas morían por accidente o enfermedad.[4]

El movimiento obrero fue evolucionando y dividiéndose en quienes pretendían lograr los objetivos por vías pacíficas y los que consideraban la acción directa como el mejor método para ejercer presión sobre los poderosos. El final del siglo XIX fue significativamente sangriento, mediante atentados con artefactos explosivos que apuntaban a las máximas autoridades del Estado. El propio rey, Alfonso XII, sufrió un par de ataques. El general Arsenio Martínez Campos, siendo capitán general de Cataluña, fue víctima de una de las recurrentes bombas Orsini y, tras la ejecución del perpetrador del atentado, Paulino Pallás, otro anarquista puso en su punto de mira el Liceo de Barcelona, centro de reunión de la aristocracia y la enriquecida burguesía. Allí lanzó dos bombas de las que solo una hizo explosión y causó una veintena de fallecidos.

La violencia de una parte de las organizaciones obreras; las huelgas, cada vez más vehementes en sus peticiones y procedimientos; y un sistema y estructura policiales insuficientes fueron dando cada vez más protagonismo al

Ejército en el mantenimiento del orden público. Todos estos le iban consiguiendo una antipatía cada vez mayor entre la parte más activista de la clase obrera, con lo cual se fue haciendo válido el artículo segundo de la Ley Constitutiva del Ejército: «El enemigo interior…».

Este era el panorama que se iban a encontrar los primeros oficiales graduados en la Academia General Militar. Ninguno pensaba que África podía convertirse en el lugar donde fueran a desarrollar parte de su carrera. Un oficial del Ejército no era un funcionario cualquiera. Los generales españoles habían copado las más altas responsabilidades de la nación en las últimas cinco décadas. A pesar de que la presidencia del Consejo de Ministros ya no solía vestir uniforme, los militares seguían consiguiendo títulos nobiliarios, ocupaban —en ocasiones— la presidencia del Senado, eran nombrados senadores vitalicios, capitanes generales de Cuba, Puerto Rico o Filipinas, lo que equivalía a un auténtico virreinato; además de los puestos de mando de distrito dentro de la península o las islas, que proporcionaban prestigio, privilegios y un poder regional que superaba en muchos aspectos al de las diputaciones generales; sin olvidarnos, por supuesto, del de los gobernadores civiles de las provincias.

En África no había más territorios que las dos ciudades históricas con su campo exterior, algunos islotes y pequeños apéndices conseguidos durante la guerra de 1859-1860.

La falta de presupuesto acabó con la Academia General Militar, que no sobrevivió más de una década. Diez promociones, con un total de 2.250 oficiales, se educaron en aquel centro, entre las cuales se encuentra la primera generación de nuestros protagonistas: Miguel Primo de Rivera, alumno de la segunda promoción, el primero de los graduados en la academia que alcanzó el generalato; en la tercera aparece Ricardo Burguete Lana; Enrique Salcedo Molinuevo fue alumno de Infantería de la sexta promoción; José Cavalcanti de Alburquerque Padierna, fue alumno de Caballería de la sexta promoción; Manuel Fernández Silvestre, Dámaso Berenguer Fusté y Miguel Cabanellas Ferrer, todos ellos eran alumnos de Caballería de la séptima promoción; Molero Lobo, también de la séptima promoción, pero de Infantería y José Sanjurjo Sacanell, fue alumno de Infantería de la octava promoción.

En 1919, treinta y tres años después de que la primera promoción se graduara en la academia, y veintitrés después de que lo hiciera la última, quedaban 1.284 militares en activo. De ellos, más de la mitad eran comandantes y, sin embargo, había generales de división, como Miguel Primo de

Rivera, Burguete, Berenguer o Silvestre. El cuadro que se adjunta a continuación es un reflejo del enorme impacto de los ascensos por méritos de guerra en el escalafón. Con un tremendo desajuste de empleos entre las diferentes armas o cuerpos. Se ve claramente que los ingenieros y artilleros, que por tradición se veían obligados a renunciar a los ascensos por méritos de guerra y, por tanto, a esperar pacientemente su turno en el escalafón para ascender, son, en gran mayoría, comandantes. Los infantes, en cambio, tienen el grueso de sus 448 oficiales en el empleo de teniente coronel. Por su parte, la caballería es el arma que más diversidad presenta, no obstante lo cual, más del 75 por ciento aún eran comandantes.

Tabla 1
OFICIALES EN ACTIVO, ANTIGUOS ALUMNOS
DE LA ACADEMIA GENERAL MILITAR EN 1919[5]

ARMAS	Generales	Coroneles	Tenientes coroneles	Comandantes	Capitanes	TOTALES
Estado Mayor	1	1	43	43		60
Infantería	6	15	286	137	4	448
Caballería	4	9	51	198		262
Artillería			28	190		218
Ingenieros			27	63	1	91
Guardia Civil			32	43		75
Carabineros		1	6		1	8
Intendencia			23	72	1	96
Intervención			22	4		26
TOTALES	**11**	**26**	**518**	**750**	**7**	**1284**

Serán, precisamente, sus ascensos por méritos de guerra lo que distinguirá a los africanistas del resto de oficiales, hasta el punto de dividir al Ejército en sus aspiraciones corporativistas.

2

LA GUERRA DE MARGALLO (1893)

La desaparición de la General volvió a la división previa. Los cuerpos facultativos más significativos, Artillería e Ingenieros, regresaron a su exigente plan de estudios de cinco cursos, mientras que infantes y jinetes lo redujeron a tres. Se regresó a las academias específicas. Los artilleros a su solar segoviano, los ingenieros a su academia de Guadalajara, la caballería volvía al famoso octógono vallisoletano y los infantes continuarían formándose en el Alcázar de Toledo.

Los gastos en defensa, que incluían los de los ministerios de Guerra y de Marina, se comían más de una quinta parte del presupuesto anual del Estado.[1] El descenso en los ingresos, que fueron decreciendo durante los primeros años de la década de 1890, supuso adaptarse al llamado «presupuesto de paz».

La división territorial había sufrido ligeros cambios, más en la denominación que en la estructura. La península se estructuraba en siete regiones militares: la 1.ª: Castilla la Nueva y Extremadura; la 2.ª: Sevilla y Granada; la 3.ª: Valencia; la 4.ª: Cataluña; la 5.ª: Aragón; la 6.ª: Burgos, Navarra y Vascongadas, y la 7.ª: Castilla la Vieja y Galicia. En cada una de las siete regiones existía, en tiempo de paz, un cuerpo de ejército.[2]

Las Islas Baleares y Canarias se constituían como dos capitanías generales, mandadas cada una de ellas por un teniente general. La plaza de Ceuta y su campo exterior formaba una Comandancia General exenta, a cuyo mando se situaba un general de división. La plaza de Melilla sumaba, a la ciudad y su campo exterior, Alhucemas, el peñón de Vélez de la Gomera y las islas

Chafarinas, y tenía las mismas características de organización y mando que su homóloga occidental. Los dos generales al frente de ambas comandancias dependían, directamente, del ministro de la Guerra.

Los comandantes de los cuerpos de ejército, adscritos a las diferentes regiones militares, tenían al mando un capitán o teniente general que era, al mismo tiempo, el capitán general de la región correspondiente en la que se enmarcaban las fuerzas en activo y, también, las que pudieran movilizarse en caso de guerra.

Los cuerpos de ejército se dividen en divisiones y estas en brigadas. Los jefes de estas eran los gobernadores militares de las provincias en las que se situaban sus puestos de mando. Por último, había un comandante militar en cada localidad donde hubiera una unidad militar de entidad suficiente para que fuera mandada por un coronel.

La ciudad de Melilla precisaba de fortificaciones que delimitaran y protegieran su campo exterior y, a la vez**,** contribuyeran a la defensa de la ciudad. Tras el Tratado de Uad Ras de 1860, que dio fin a la guerra entre España y Marruecos, se habían establecido los límites del campo exterior. Dentro de ellos se acomodaban algunos terrenos reclamados por los cabileños de la zona, que demandaban una indemnización a Marruecos por haber perdido su propiedad. Por fin, el Gobierno español ordenó que se comenzaran los trabajos para replantear las líneas de separación del campo exterior con Marruecos. En ellas se preveía también instalar una serie de fortificaciones que mejoraran las capacidades defensivas.

LOS HECHOS

El primer foco de conflicto se produjo por el inicio de las obras del fuerte de Guariasch, próximo a los límites y en la vecindad de Frajana. Antes del replanteo se había celebrado una conferencia entre el bajá del campo fronterizo y el gobernador de Melilla, el general de brigada Juan García-Margallo y García. Margallo era un militar cacereño de cincuenta y cuatro años, que había iniciado su andadura castrense en la guerra de Marruecos de 1859-1860 y que treinta y tres años después se encontraba al frente de la reducida fuerza que protegía la ciudad española.

El primer día de comienzo de las obras, los rifeños destruyeron durante la noche todo lo que se había realizado. Esto se repitió en tres jornadas se-

guidas hasta que Margallo decidió proteger las obras con una unidad militar, al tiempo que escribía al bajá para reunirse de nuevo con él. La orden de Margallo incluía, si era necesario, el empleo de la artillería.

El bajá llegó a la plaza solo y sin protección alguna y advirtió a Margallo de su disconformidad y que evitarían las obras de construcción del fuerte a toda costa. El viernes 29 de septiembre, los rifeños atacaron un tejar y los que allí vivían tuvieron que salir corriendo a protegerse al fuerte de San Lorenzo. Continuaron los disparos lejanos hiriendo a un soldado. Ese viernes no quedaban moros en la ciudad, pues todos la habían abandonado.[3]

El sábado se presentó el jefe militar marroquí de la zona, que había telegrafiado al ministro del sultán en Tánger, informando de la situación y pidiendo dominar a las cábilas.[4]

En cualquier caso, el 1 de octubre, domingo, Margallo dispuso que una unidad tipo sección, de unos 40 efectivos, vigilase las obras del futuro fuerte de Guadiash durante la noche.

La sección desplegada se había atrincherado por temor a ser atacados y andaba en tareas de fortificación mejorando los puestos de vigilancia y las posiciones. El alto del monte Gurugú se eleva casi mil metros sobre el nivel del mar, domina la ciudad de Melilla y sus alrededores y su cota más alta se sitúa a 12 kilómetros de la plaza. De repente, durante la mañana del domingo 2 de octubre, se vieron descender a toda prisa nubes de polvo que bajaban por las laderas. La ciudad está rodeada por el territorio de las cábilas de Mazuza y Beni Sicar, y tiene como localidad más próxima la de Frajana, que se asienta a orillas del río del mismo nombre. En ese momento, la estimación de posibles combatientes que pudieran movilizar las tribus próximas a Melilla era de unos 12.000.

A los cuarenta que estaban de guardia les cayó una avalancha de rifeños que descendió por las faldas del imponente monte. Margallo, al percatarse del hecho, movilizó 700 efectivos del Batallón Disciplinario y algunos más del Regimiento de Infantería de África número 1 y se dirigió a socorrer a los desafortunados soldados. Las baterías de artillería de la plaza se empeñaron en batir las masas de moros que atacaban la caseta en la que se habían asentado los que protegían las obras. Entre tres o cuatro horas de combate llevó a los refuerzos del general Margallo obligar a los rifeños a retirarse. La fuerza se replegó al fuerte de Camellos. Otro de los que protegían la ciudad.

El fuerte de Sidi Aguariach, fruto de la polémica, era el que se precisaba para cerrar el perímetro del campo Exterior. El resto de los sectores ya dis-

ponían de su correspondiente fortificación con nombres familiares para los protagonistas de este libro, porque muchos de ellos vivieron en Melilla: San Lorenzo, Camellos, Cabrerizas Bajas, Cabrerizas Altas y Rostrogordo. El de Sidi Aguariach debía proteger la entrada a la ciudad desde los valles y barrancos en que se asentaban los aduares de Frajana y Mezquita.

La guarnición melillense estaba compuesta por un batallón disciplinario y cinco compañías del Regimiento de África número 1, una sección de cazadores (tropas de caballería), una compañía de artillería de plaza y otra de ingenieros. En total, la suma apenas llegaba a 1.500 hombres en lista de revista; pero, como de costumbre, entre hospitalizados, permisos, etcétera, no llegarían a 1.300. No obstante, la ciudad podía ser abastecida por mar desde Málaga, aunque no dispondría de un puerto real hasta 1910.

En este primer combate habían muerto 8 hombres, tres de los cuales eran oficiales, y resultado heridos 33.[5] Las altas tasas de bajas entre los oficiales eran algo normal en los conflictos de finales del siglo XIX y principios del XX. Fáciles de distinguir del resto por las características de sus uniformes y el empleo del sable, eran el objetivo predilecto de los tiradores rifeños. Hay que añadir, además, su particular concepto del valor, que les impulsaba a hacer alardes de este aun cuando no supusiera ventaja alguna, más bien todo lo contrario. Solían lanzarse al asalto al frente de su fuerza, para motivar a los hombres que mandaban. En posiciones defensivas, evitaban protegerse y se mostraban altivos y desafiantes de pie, arengando y animando a sus tiradores.

El presidente del Consejo de Ministros era Práxedes Mateo Sagasta, líder del Partido Liberal, una de las dos formaciones políticas dinásticas que se repartían el poder en esa suerte de democracia simulada que conformaba el régimen de la Restauración. La cúpula militar seguía muy influida por la política y el ministro de la Guerra solía ser un general afín al Gobierno de turno. En este caso, la máxima autoridad castrense la ostentaba el general José López Domínguez, que dependía directamente del presidente del Consejo.

Aunque los militares tenían prohibido escribir artículos políticos en prensa que no fuera la habitual de las revistas técnicas de las diferentes armas y servicios, lo cierto es que existían unos cuantos rotativos diarios, normalmente a cuatro páginas, que, dirigidos por oficiales retirados o en la reserva, constituían auténticos panfletos corporativos que criticaban o encumbraban al ministro de la Guerra de turno. En el momento en que nos situamos, en 1893, destacaban *La Correspondencia Militar*, *El Reservista* y *El Correo Militar.*

Los tres de carácter eminentemente conservador y muy críticos con el ministro de la Guerra de ese momento. Circunstancia que contrarrestaba otro periódico, *El Ejército Español*, afín al partido de Práxedes Mateo Sagasta y al militar y marino que le acompañaban en el gabinete.

Estos medios se empleaban con gran contundencia y una vehemencia dialéctica que no escatimaba en el empleo de duros calificativos con la máxima autoridad militar, el presidente del Consejo o cualquiera que se terciara. La única figura intocable era la reina y, posteriormente, el rey Alfonso XIII. La influencia de estos medios en la oficialidad fue, como iremos comprobando a lo largo de estas páginas, determinante en momentos clave de la historia del Ejército de España.

El ministro trató de emplear la prudencia y evitar que se pasara a la ofensiva, argumentando que el envío de un contingente considerable era poco viable, habida cuenta de la falta de espacio en Melilla y las dificultades para abastecerlo. Por lo que sería más juicioso defenderse y tratar de negociar y si se producían más ataques reaccionar en consecuencia. La prensa militar desafecta al Gobierno criticó con dureza esta postura.

Hasta tal punto influyeron los rotativos que el ministro, a los pocos días, tuvo que reconsiderar su postura inicial y preparar un contingente para reforzar a las exiguas fuerzas de Melilla, aunque antes de ello se precisaba contar con la aprobación del sultán que nada había tenido que ver con la acción de las cábilas rifeñas. Por fin, el 12 de octubre, el Gobierno presentó una petición a Marruecos por la que se exigía poder castigar a los jefes rifeños, una indemnización en favor de las familias de las víctimas y el derecho a la guerra apoyándose en el concepto de legítima defensa.

El 26 de octubre se designó un nuevo comandante para Melilla, el general Macías, lo que implicaba el relevo de Margallo. La decisión fue justificada con la excusa del considerable número de efectivos que estaban desplazándose a la plaza, por lo que el ministro había decidido que fuera un general de división, y no uno de brigada, el que asumiera el mando de todas las unidades. Estaba previsto que el decreto con el nombramiento apareciera en la *Gaceta* del 28 de octubre de 1893. Hasta ese momento, la situación se mantenía en calma tensa. Las tropas españolas intensificaron su alerta y vigilancia y habían recibido algunos refuerzos.

El día 27 se ordenó reanudar las obras. A pesar de la llegada de tropas peninsulares, los cabileños habían vuelto a la carga; la ciudad corría serio peligro, habida cuenta de que los fuertes eran atacados en todo el perímetro

y, por tanto, se corría el riesgo de que, si uno de ellos cedía, quedara el paso libre para entrar en el Cubo y los barrios próximos, al corazón de Melilla.

Esa misma noche, a las 23 horas, se recibió un telegrama en el Ministerio de la Guerra escrito por el coronel del Regimiento África, porque el general Margallo no se encontraba en su comandancia:

> A las once de la mañana de hoy se empezaron los trabajos de la batería y trincheras frente al fuerte de Camellos por una compañía de ingenieros, protegida por las secciones de tiradores Mausser, el batallón de Cazadores de Cuba y una batería de montaña. Una segunda compañía de ingenieros con algunos penados trabajaba en el reducto X y la tercera, en unión de fuerzas de los regimientos Borbón y Extremadura y de Penados, seguía la construcción de línea de trincheras de Rostrogordo y Cabrerizas Bajas. A las cuatro de la tarde, el enemigo ha roto el fuego contra los nuestros desde sus trincheras en todo el contorno de nuestro campo exterior.
>
> El general Margallo estaba en Camellos. Las fuerzas de Camellos lograron dominar el fuego enemigo y retirarse con orden. En Rostrogordo se reunió todo el regimiento de Extremadura, del que un batallón se alojaba en el Polígono.
>
> Suspendido el fuego en Camellos, el general Margallo, al regresar a la plaza, viendo que no se retiraban a los fuertes los nuestros de Cabrerizas Altas y Rostrogordo, se dirigió para allá para ordenar en persona la retirada.
>
> El fuego ha cesado y el general Margallo queda en los fuertes. Mañana daré más detalles.[6]

Entre las tropas recién llegadas, en el Regimiento de Infantería de Extremadura destacaba un joven teniente de los formados en la General. Era un muchacho alto y delgado de veintitrés años que había llegado a Melilla, junto al resto de su unidad, el 16 de octubre. Miguel Primo de Rivera se encontraba con su sección en el fuerte de Cabrerizas Altas cuando este se vio rodeado. El general Margallo llegó al fuerte y ordenó sacar dos piezas de artillería fuera del mismo para cañonear unas posiciones enemigas desde donde se estaba hostigando a las tropas españolas fortificadas.

La decisión de Margallo era salir del fuerte con varios soldados y enfrentarse a los rifeños para tratar de forzarles a iniciar la retirada. Al salir por la puerta, con su fajín rojo de general visible a larga distancia, el comandante de Melilla recibió un balazo en la frente que acabó con su vida al instan-

te. Los rifeños se apresuraron a intentar robar las piezas de artillería, mientras, el joven teniente Primo de Rivera, liderando un grupo de unos ocho soldados, se dirigió a los cañones y consiguió recuperarlos, con gran riesgo de su vida y la de sus acompañantes.

Este hecho dio gran notoriedad a Primo, sobrino del general Fernando Primo de Rivera. La prensa exaltó el hecho y su gesta fue dibujada por Julio Gros para el *Blanco y Negro*. En aquella ilustración, Primo, con el sable en la diestra y elevando la siniestra para animar a los suyos, domina la escena, en la que los soldados cargan a la bayoneta contra unos desafortunados rifeños que caen ante el empuje de los españoles.

Primo fue condecorado con la cruz de San Fernando de 2.ª Clase. Además, fue ascendido al empleo de capitán por méritos de guerra, lo que suponía un auténtico espaldarazo para una carrera militar que acababa de empezar. Hubo otros dos laureados en la corta campaña, el capitán Picasso, célebre por su extenso informe del desastre de Annual y el capitán Lucas Hernández, del Batallón Disciplinario, que finalizó allí su vida militar al no poder reponerse de sus heridas.

Por otra parte, la muerte del desafortunado general, provocó que esta campaña melillense se acabara denominando, extraoficialmente, guerra de Margallo. El conflicto fue poco más que una refriega.

De hecho, el general Macías, tras liberar el fuerte de Cabrerizas Altas el día 30 y a pesar de disponer de un mayor número de efectivos, rehusó llevar a cabo el plan gubernamental de lanzar un ataque de castigo que recompusiera el prestigio y honor mancillado por los harqueños. También tomó buena nota de lo sucedido tanto al general Margallo como a otros oficiales y dispuso que, a partir de ese momento, vistieran como la tropa.[7]

LA ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO Y LA MOVILIZACIÓN DE LAS RESERVAS

La decisión del Gobierno para zanjar de una vez por todas el asunto fue enviar a uno de los más prestigiosos dentro del generalato, Arsenio Martínez Campos. Era un auténtico veterano que había facilitado la llegada de la monarquía dos décadas antes. Posteriormente, consiguió pacificar Cuba y ahora se le asignaba la tarea de acabar con el conflicto alcanzando los objetivos planteados por el Gobierno. Para la misión que debía llevarse a cabo se en-

vió un número desproporcionado de tropas, en especial debido a la falta de espacio y lugar para descanso de las unidades.

Sobre el papel, el Ejército español de la península y Baleares contaba con 112 regimientos de infantería de línea; aunque lo cierto es que solo 50 estaban activos, pues la otra mitad permanecía sin tropas a la espera de ser completados en caso de guerra y apenas presentaba sus cuadros de jefes y oficiales.

Además, se contaba con 20 batallones de infantería ligera, denominados cazadores; que, por sus características y escasos medios e impedimenta, eran fácilmente movilizables. Se podían embarcar rápidamente y ser trasladados donde fuera menester.

Para el norte de África había tres regimientos de línea, cada uno de ellos con dos batallones activos.

Se ha escogido la Infantería, el arma más numerosa y núcleo fundamental de las fuerzas de tierra, para poder presentar una imagen certera de lo que era todo el Ejército en sí mismo y lo que eso implicaba para la oficialidad.

Cada uno de los cincuenta regimientos de línea que estaban activos, contaba con dos batallones, uno que debía estar completo y otro preparado para ser movilizado y recibir efectivos en caso de guerra.

Cada regimiento era mandado por un coronel con una plana mayor compuesta por un comandante, tres capitanes y un primer teniente a los que se sumaba un capellán y una banda de música hasta completar un total de treinta hombres.

Los jefes y oficiales de cada uno de los batallones, primero o segundo, en tiempo de paz tenían los mismos efectivos: 1 teniente coronel jefe, 1 comandante, 5 capitanes, 8 primeros tenientes y 10 segundos tenientes. El primer batallón disponía además de 16 sargentos, 37 cabos, 8 cornetas, 4 educandos de banda, 16 soldados de primera y 519 soldados de segunda. En total, 600 hombres.

Los segundos batallones sumaban a sus jefes y oficiales 4 sargentos, 9 cabos, 4 cornetas, 4 educandos de banda y 49 soldados de segunda, lo que componía tan solo 70 hombres.

Los otros 62 regimientos, los de reserva, estaban en estado número 8. Disponían de 1 coronel, 2 tenientes coroneles, 2 comandantes y 8 capitanes, más 2 sargentos, 2 cabos y 2 soldados.

Por último, existían 61 zonas de reclutamiento, en las que estaban destinados 1 coronel, 1 teniente coronel, 2 comandantes, 4 capitanes, 2 sargentos, 2 cabos y 3 soldados.[8]

Para no aburrir al lector con cifras apabullantes, se ha escogido lo más regular del Ejército, la Infantería. Huelga decir, para los más profanos en el mundo castrense, que la denominación «jefe» se atribuye a los coroneles, tenientes coroneles y comandantes, mientras que el término «oficial» queda relegado al capitán, primer teniente y segundo teniente. Los tenientes tenían más posibilidades de estar en una unidad «activa», mientras que una vez se alcanzaba el empleo de capitán, lo que se lograba aun siendo muy joven; las posibilidades de ocupar un puesto acorde al empleo, mandando una compañía, eran realmente remotas. Sin contar los destinados en el ministerio y otros organismos, de los 1240 capitanes que ocupaban puestos en los Regimientos y zonas de reclutamiento; solo 250 estaban en unidades con tropa que podían considerarse como activas.

Por otra parte, cada batallón de cazadores contaba con otros siete capitanes, pero disponían de 400 hombres en total, por lo que, al menos tres de estos oficiales, estaban a la espera de recibir la tropa correspondiente en caso de guerra.

La macrocefalia era un mal endémico que se hacía mucho más complicado de gestionar en tiempo de paz. Se mantenía un altísimo número de cuadros de jefes y oficiales, que excedían con mucho las necesidades y dificultaba las aspiraciones de ascensos, generando un lógico tapón entre los diferentes empleos. Por ejemplo**,** Severiano Martínez Anido, que había ingresado en la Academia de Infantería de Toledo en 1880, justo antes de la creación de la Academia General Militar, y que había llevado una carrera de destinos en regimientos peninsulares, ascendió a capitán en 1896, más de doce años después de haber conseguido su despacho de oficial.

A esto se sumaban la incorporación de los antiguos cuadros del bando carlista, una escala de reserva que, en realidad, estaba en activo y el desproporcionado número de nuevos oficiales que salía de las academias, todo lo cual generaba un Ejército con muchos más cuadros de mando de los necesarios.

Las plantillas de los regimientos en pie de guerra completaban sus dos batallones hasta los 1000 hombres cada uno, pasando de los 700 en tiempo de paz a los 2030 en tiempo de guerra.

EL SERVICIO MILITAR

El servicio militar era obligatorio conforme a lo establecido en el Real Decreto del 24 de octubre de 1877 para todos los jóvenes en el año que cumplían los veinte. De esa obligatoriedad quedaban exentos los que tuvieran limitaciones fi-

sicas, los que no llegaban al metro cincuenta de estatura, los que tuvieran razón privada, como ser el único sustento de la unidad familiar y los que redimían el servicio mediante la aportación de una cantidad en metálico de 2.000 pesetas.

La duración del servicio en filas era de ocho años, cuatro en activo, destinados en las unidades que hemos referido, y cuatro en reserva en los regimientos de las armas y cuerpos que estaban habilitados para ello.

Por falta de presupuesto, no todos los mozos que eran útiles para el servicio pasaban al servicio activo. Por ello, cada año se realizaba un sorteo y se cubrían las vacantes disponibles con los «afortunados», mientras que el resto quedaban adscritos a la caja correspondiente por si debían ser movilizados, cada uno de ellos era considerado un «recluta disponible».

Tras los cuatro años de servicio activo, los que pasaban a la reserva entregaban el armamento y sus prendas mayores y se llevaban el uniforme a casa, que debían preservar en buenas condiciones para acudir inmediatamente al cuartel cuando se les requiriera. Mientras, podían ganarse la vida en otra ocupación como civiles.

Aproximadamente, uno de cada cinco mozos pagaba la redención y se libraba del servicio militar. Este dinero lo recogía directamente el Ministerio de la Guerra para incrementar su presupuesto. Por tanto, los que eran movilizados por regla general pertenecían a las capas más pobres de la sociedad. Por si esto fuera poco, hasta que no pasaban a la reserva, ya fueran militares en activo o reclutas disponibles, no podían casarse. Una vez cambiaban de situación, estaban autorizados a ello, pero en ningún caso el matrimonio los redimía de su responsabilidad hasta cumplir los ocho años obligatorios.

¿Cuál era la realidad? Era habitual que los soldados, tras dos o tres años, disfrutaran de una licencia temporal que les permitía estar en casa hasta que llegara la edad de pase a la reserva. La razón de tanta generosidad era muy simple, no se disponía de presupuesto para mantenerlos.

Todas estas circunstancias son importantes, habida cuenta que la relación entre la oficialidad y la tropa, reflejo de la sociedad del momento, marcará muchas de las decisiones futuras en las diferentes campañas africanas.

ASCENSOS POR MÉRITOS DE GUERRA

Con esta fisionomía, cualquier atisbo de conflicto era siempre visto con recelo por los oficiales que no participaban en el mismo, ya que una de las

recompensas que se utilizaba para premiar actuaciones heroicas y fuera de lo común eran los ascensos por méritos de guerra. Quienes los recibían se saltaban promociones y puestos en el escalafón y, cuando se repartían con generosidad, contribuían a incrementar el «tapón» de los peninsulares, que se veían perjudicados en sus aspiraciones de ascenso.

Los ascensos por méritos de guerra, que podría parecer un asunto corporativo y con una importancia relativa, fueron, en realidad, un foco de desencuentro que traspasó el ámbito castrense.Ya se ha presentado en el primer capítulo de este trabajo un cuadro representativo de lo que suponía recompensar con ascensos en lugar de condecoraciones a los oficiales. El cuadro es de 1919, un periodo especialmente convulso dentro del Ejército, con una auténtica división interna entre africanistas y junteros. Sin embargo, el problema no es exclusivo de la segunda década del siglo xx, se inicia mucho antes y estará presente en todas las fases de las campañas de Marruecos.

Los periódicos militares eran la voz de quienes clamaban justicia ante lo que consideraban un perjuicio para los que no estaban en campaña. Así, el 6 de noviembre, cuando se habían concedido algunas recompensas y ascensos como el de Primo de Rivera o Picasso, *El Correo Militar* advertía en primera plana sobre la liberalidad con la que se estaban concediendo y hacía un llamamiento a la precaución en una columna escrita, con mucha probabilidad, por un militar en activo que, lógicamente, no menciona su nombre; pero que denuncia tiempos pasados y un caciquismo que favorecía a los «oficiales cortesanos», que iban solo quince días a una campaña y recibían un ascenso por tener algún padre, tío o allegado general que facilitara la recompensa. Evidentemente, las referencias son a la última de las guerras carlistas y a la primera guerra de Cuba.

Centrándose en la campaña de 1893, no criticaba las recompensas concedidas, aunque advertía que no se había seguido todo el procedimiento reglamentario, ya que se había prescindido del trámite del juicio de votación, que se introdujo precisamente para evitar lo expuesto en el párrafo anterior. Con ello, alertaba de que «siempre quedará lugar de temer al abrirse la puerta quien aproveche esto para colarse de rondón a toda su parentela y amigos».

La decisión del ministerio, para solventar el conflicto, fue proclamar un decreto de movilización el 8 de noviembre de 1893, a través del cual se ordenaba llamar a los que se encontraban en sus casas para completar los segundos batallones de los regimientos de línea. Lo que suponía la incorporación a filas de decenas de miles de reservistas correspondientes a los

reemplazos del 88, 89 y 90 y que hubieran servido tres años con las armas en la mano.

Los propios militares no eran muy amigos de este tipo de movilizaciones salomónicas; porque eran conocedores de la clase de tropa que llegaba, de la que se esperaba que reaccionara de forma casi inmediata. En un artículo de prensa se lee: «Hombres dominados por impresiones extrañas, conservando aún el apego a la familia, algo decaída la moral del casado que deja tras de sí una familia, tal vez en la más horrible miseria, con una instrucción militar olvidada, y todos ellos reunidos, agrupados en una sola unidad».[9]

Sin coberturas sociales que se hicieran cargo de aquellos a quienes mantenía el movilizado, la situación de las esposas, hijos y ancianos que dejaban atrás estos soldados los condenaba a la indigencia.

La guerra, no obstante, no se prolongó. Martínez Campos llegó el 27 de noviembre con más de 7.000 hombres, que se sumaron a los que ya se encontraban en la plaza y a los que se incorporarían, en las semanas sucesivas, otras unidades. El envío del Ejército Expedicionario reveló los problemas y defectos del Ejército para llevar a cabo una movilización en caso de conflicto. «La organización era tan deficiente que hubo que desorganizar todos los servicios para poner en Melilla, con sensible retraso y falta de numerosos elementos, un ejército de 22.000 hombres».[10]

3

LA DEPRESIÓN QUE VINO DE CUBA

LA GUERRA

La deficiente marcha de la economía española, fruto de un atraso cada vez más profundo con relación a los demás estados de Europa occidental, tenía un impacto directo en el Ejército y, por ende, en las unidades desplegadas en ultramar. A pesar de las advertencias que desde Cuba se daban en los años previos a 1895, el ejército que mandaba Emilio Calleja e Isasi, gobernador general y capitán general de la isla, había quedado reducido a 15.900 efectivos, organizados en siete regimientos de infantería, un batallón de cazadores, dos regimientos de caballería, un batallón de artillería a pie, un batallón mixto de ingenieros y tres tercios de la Guardia Civil.[1] Unidades muy deficientes para poder contener cualquier atisbo de insurrección.

Los sucesos de Melilla, donde se puso en evidencia la capacidad de reacción del Ministerio de la Guerra, pudieron espolear las ansias de los revolucionarios cubanos que el 25 de febrero de 1895, en la localidad de Baire, población del Departamento Oriental de la isla de Cuba; iniciaron una revuelta dirigida por el poeta y abogado José Martí. La insurrección, en principio, no parecía ser indomeñable. El Gobierno suspendió las garantías constitucionales y el capitán general dictó un bando declarando el estado de guerra en los territorios de las provincias de Santiago de Cuba y Matanzas.[2]

En Madrid, el Gobierno de Práxedes Mateo Sagasta se vio obligado, una vez más, a reaccionar. Se precisaba la coordinación del Ministerio de la Guerra con el de Ultramar. El éxito de Martínez Campos en la pacificación de

la isla tras diez años de guerra, entre 1868 y 1878, invitaba a pensar en él para que repitiera su eficaz estilo.

De nuevo hubo que movilizar tropas. Se organizaron a toda prisa siete batallones provisionales expedicionarios pidiendo voluntarios entre los militares que se encontraban en activo. Cada región militar debía aportar uno de esos batallones de infantería que constaban de seis compañías cada uno.[3] Tras ello, se ordenó que los primeros batallones de cada regimiento y la mitad de los batallones de cazadores se prepararan para desplegar en la isla. Una vez más se movilizó a los reservistas, pero en esta ocasión para que completaran los segundos batallones de los regimientos y se dispusiera así de una fuerza en la península que pudiera reaccionar ante eventualidades más cercanas. Los activos se iban a Cuba y los reservistas movilizados se quedaban en las provincias europeas. Esa era la idea inicial.

España no disponía de buques militares de transporte para llevar a cabo la ingente labor de trasladar miles de soldados desde la península a la provincia de Cuba. La Compañía Trasatlántica Española, propiedad de Claudio López Bru, segundo marqués de Comillas, realizaba esa labor aportando algunos de los 33 buques de los que disponía la compañía.

Entre el mes de abril y el de diciembre se transportaron un total de 80.219 hombres. Las fuerzas rebeldes no sobrepasaron los 25.000 en ningún momento de la guerra, pero la ventaja de los mambises fue la ejecución de un enfrentamiento irregular y asimétrico que se apoyaba en golpes de mano, abastecimiento de la población civil y enmascaramiento en la impenetrable manigua.

La movilización tuvo una repercusión directa en las academias militares, en las que ya se encontraba la segunda hornada de «africanistas». Por un lado, Gonzalo Queipo de Llano y Sebastián Pozas Perea, que ingresaron en la Academia de Caballería en la promoción que inició sus estudios en septiembre de 1893. Por otro, los Millán Astray, Miaja, Moscardó, Villa-Abrille, Fanjul, Goded, Riquelme, Llano de la Enmienda o Eduardo López de Ochoa, que ingresaron en la de Infantería en 1895 y 1896. Todos vieron reducidos sus periodos de formación, hasta el punto de que algunos alumnos obtuvieron su despacho con tan solo tres semestres finalizados. El Ministerio de la Guerra se vio obligado a dictar una orden circular, publicada el 4 de julio, por la que no se autorizaba la salida de la Academia, como oficial en activo, hasta haber cumplido los diecisiete años, estableciendo esta cifra como el límite mínimo.[4]

Como los empleos más demandados entre los oficiales, y al mismo tiempo los más escasos, eran los de primer y segundo teniente, se ofreció a los sargentos que llevaran ocho años de tiempo de servicio activo[5] la posibilidad de ascender a segundo teniente de la escala de reserva retribuida si iban voluntarios a la campaña. Todas estas decisiones, evidentemente, tuvieron su repercusión en el futuro.

La campaña en Cuba resultó ser tremendamente compleja. Los insurrectos comenzaron a progresar desde el este de la isla hacia occidente. A pesar de disponer de gran cantidad de hombres, la realidad del Ejército español en el territorio insular era desalentadora. El enemigo estaba formado por grupos de guerrilleros que empleaban la manigua para realizar acciones rápidas y contundentes, sin presentar nunca batalla en campo abierto.

Al contrario de lo que puede pensarse, la experiencia acumulada durante los diez años de la primera contienda en Cuba no había servido para la inclusión de este tipo de combate en los libros de texto de las academias y colegios militares. La experiencia bélica de los oficiales procedía sobre todo de las guerras civiles dentro de la península, que tenían como contendiente a militares carlistas, cuya formación y forma de combatir era muy similar a la de sus homólogos liberales, ya que la diferencia entre ellos era política y no táctica o de procedimientos.

En enero de 1896, el Ejército español en Cuba estaba compuesto por 95.310 hombres. Uno de los tradicionales problemas de las tropas españolas peninsulares era el exceso de oficiales, algo que en la isla no se reproducía en absoluto. La composición del contingente era de 16 generales, 275 jefes, 2.244 oficiales y 92.775 militares de tropa.[6] La proporción de generales era de uno por cada 6.000 subordinados, la de jefes de uno por cada 346 y la de oficiales de uno por cada 42. Podemos ser contundentes al afirmar que en Cuba solo estaban destinados, como mínimo, la mitad de los oficiales necesarios.

El enemigo era mucho menos numeroso, aunque, al realizar una guerra de guerrillas, concentraba sus efectivos para acciones rápidas y contundentes, pudiendo dispersarlos tras ellas. Los españoles, en cambio, debían defender miles de haciendas, propiedades, poblaciones, ciudades, etc. La isla comprendía un territorio con densos bosques, comunicaciones deficientes y un clima tropical al que no estaban acostumbrados.

Pero el auténtico enemigo en Cuba no eran los mambises, sino el tifus, la malaria, la desnutrición, las infecciones y otras enfermedades endémicas. La base del Ejército español era un soldado que procedía de las capas más

pobres de la sociedad. Era duro y estaba acostumbrado a las penalidades; pero también sufría de las carencias de una España eminentemente rural en la que la alimentación básica era deficitaria de proteínas. Esto los convertía en presa fácil de virus y bacterias, que mermaban considerablemente a las unidades.

Para comprender la dimensión de este problema, se toma como ejemplo 1896, cuando se aumentó el contingente de los 95.310 descritos con anterioridad, a casi 200.000 entre voluntarios residentes en Cuba y unidades incorporadas desde la península. La proporción de bajas fatales en combate con respecto a las sufridas por las diferentes enfermedades es más que reveladora. Según Ángel de Larra y Cerezo, jefe de Clínica en los Hospitales Militares de Alfonso XIII y Madera, en la Habana, 9 jefes, 90 oficiales y 1.609 de tropa fallecieron a causa de las heridas sufridas en los diferentes combates, un total de 1708 efectivos. La cantidad de muertos por fiebre amarilla ascendió a 1 general, 16 jefes, 253 oficiales y 8.752 de tropa, un total de 9.052 hombres. Por último, a causa de otras enfermedades relacionadas con infecciones, tifus, disentería, etc., las bajas letales fueron de 15 jefes, 83 oficiales y 4.039 de tropa, un total de 4.137.[7]

Con el ejemplo estadístico de 1896 se puede comprobar que, por cada militar caído en combate, se producían ocho decesos por enfermedades relacionadas con el despliegue en la isla.

Entre 1895 y 1898, 41.000 militares españoles, el 22 por ciento del ejército en Cuba, murió por diferentes enfermedades.[8] Más de la mitad del total de los desplegados contrajeron durante los dos primeros meses de estancia en la isla algún tipo de dolencia endémica. Muchos de ellos, aun sobreviviendo, regresaron a la península con graves secuelas de por vida.

Este panorama y la ya mencionada gran cantidad de objetivos que proteger dificultaban enormemente las operaciones, ya que apenas quedaban unidades para maniobrar, y en las que estaban disponibles, en muchas ocasiones, la merma por bajas de enfermedad era tan grande que el capitán general se veía obligado a posponer una y otra vez operaciones, porque, si no, no podía hacer frente a los insurrectos con una ventaja numérica apreciable.

La guerra de Cuba no es objeto de este trabajo, aunque puede considerarse el inicio de un cambio de paradigma en la mentalidad y actitud de los oficiales del Ejército. No tanto por los combates en sí, sino por el impacto que la derrota tuvo en la sociedad española y la repercusión de ello sobre los militares.

Varios de los protagonistas posteriores en África, iniciaron su carrera en Ultramar:

— López de Ochoa, ascendió a segundo teniente en 1896 por la acción de los montes de Don Martín y a capitán en 1898, por la acción de Loma Ayua.
— José Millán-Astray y Terreros recibió varias condecoraciones, incluidas dos cruces de María Cristina, pero no ascendió por méritos de guerra, y regresó a la península como primer teniente.
— José Sanjurjo Sacanell también obtuvo dos ascensos por méritos de guerra. El primero por su actuación en Taco-Taco y Bacanagua el 18 de agosto de 1896, aunque como le correspondía ascender por antigüedad, lo permutó por una cruz de María Cristina. El segundo fue a capitán, por su actuación en el Paso de la Mula el 18 de abril de 1898. Fue herido durante la campaña.
— Manuel Fernández Silvestre, procedente de la Academia General Militar, ascendió a capitán y comandante por el combate del Potrero la Caridad, donde cargó a vanguardia de su escuadrón y sufrió dos heridas de bala. Reiteró la carga y recibió tres machetazos más.
— Dámaso Berenguer también consiguió dos ascensos en Cuba, a capitán y comandante, tras participar durante toda la campaña.
— Gonzalo Queipo de Llano ascendió a primer teniente por su acción durante la campaña de Pinar del Río y a capitán por diversas acciones en el Ciego de Ávila.
— Severiano Martínez Anido, que fue desplegado en Filipinas siendo capitán, consiguió un ascenso a comandante.

La derrota, no obstante, se produjo con la entrada de los Estados Unidos en la guerra, que finalizó con la contienda en menos de cuatro meses. Al regresar, comenzaron los licenciamientos y los reajustes. Si la macrocefalia había estado presente durante gran parte del siglo XIX, la situación, a partir de la pérdida de los territorios de ultramar, se hacía mucho más compleja.

Emilio Mola dejaba constancia, años más tarde, de la impresión que había entre los oficiales sobre cómo se habían desarrollado las campañas en Cuba y Filipinas y cómo fueron organizadas las expediciones:

Rebaños de hombres sin el menor ideal, sin la más mínima cohesión, sin armamento y equipos adecuados ¡Qué responsabilidades no habría cabido exigir a los políticos de aquella época, los cuales, con su imprevisión y negligencia, dieron lugar a que se iniciaran y prosiguieran las operaciones sin proveer a las más elementales necesidades de las tropas! Pero lo peor fue que, cuando el agotamiento de los ejércitos de Cuba y Filipinas llegó a su límite, se les hizo enfrentar con la nación más poderosa del mundo, y, para que el desastre fuera mayor, se les ofrendó la colección de barcos inútiles a los que pomposamente designábamos con el nombre de Escuadra Española. De nada sirvieron las indicaciones, súplicas y gritos de angustia de quienes vieron desde el primer momento lo que iba a ocurrir.[9] El Gobierno, amparándose en el extravío de la opinión pública, apoyado por las informaciones tendenciosas de una prensa mal informada y cubriendo su responsabilidad con la resolución de cierta junta de generales que tuvo lugar en el ministerio de Marina, ordenó el sacrificio, y, lo que es más reprobable, lo ordenó con dolo. Sucedió lo que tenía que suceder.

Mas. Pasados los primeros momentos de estupor y aun de regocijo —esto último por estimar vendría como inmediata consecuencia de la derrota la repatriación de los que allí luchaban y la suspensión de los sorteos—, el pueblo español apreció la magnitud del desastre y pronto se rebeló contra el infortunio, dándose a la busca de los responsables de la catástrofe. ¿Qué ocurrió entonces? Pues ocurrió que los políticos, ante el temor de que la opinión pública, saliéndose de su habitual inconsciencia, cayese en la cuenta de que eran ellos, únicamente ellos, los culpables, se apresuraron a señalar dos reos: el Ejército y la Marina vencidos. Y sobre estos descargó toda la indignación nacional [...]. Mediante tan hábil maniobra fue posible que el peso de la ley solo cayese sobre unos cuantos desventurados generales, a quienes los acontecimientos sorprendieron en puestos de responsabilidad que por reglamentaria sucesión de mandos se habían visto obligados a asumir. Ninguna sanción hubo para los gobernantes y sus genízaros; ningún cargo se hizo a los que, con juicios inoportunos, discursos estúpidos y resoluciones arbitrarias —cuando no criminales—, impidieron toda concordia con la población indígena de las colonias, dificultaron soluciones viables y nos lanzaron a la guerra con los Estados Unidos, en la que no podía caber a España otro papel que el de víctima.[10]

La dureza de Mola en su libro de 1934 no es un punto de vista aislado. El propio Francisco Maciá, teniente coronel de ingenieros, diputado a Cortes en 1907 por Solidaridad Catalana y que llegó a ser presidente de la Generalitat de Cataluña, se expresó contra el diputado Segismundo Moret, ministro de Ultramar en 1895, en términos muy similares. Acusando a los políticos de haber enviado el Ejército a una derrota segura sin medios ni apoyos:

> … Proviene esto de la pérdida de las colonias de aquel modo tan vergonzoso, cuando aquellos desastres velaron de negrura la atmósfera de nuestra patria, en la que yo no veía dibujarse más que errores, ineptitudes, vergüenzas y cobardías.
>
> Aquellas cobardías, aquellas vergüenzas y aquellas ineptitudes deprimieron —¿qué digo deprimieron?— mataron nuestro espíritu nacional y mancharon el uniforme de aquel Ejército tan valiente como el que más, y más sufrido en la lucha, y más generoso que ninguno de su sangre y de su vida. Aquellas cobardías y aquellas ineptitudes llevaron a nuestra escuadra a aguas de Cuba, y a hundirse a aquellos barcos, salpicaron de deshonra a la marina de guerra española. Digno final —así lo entendía yo y así lo entiendo— de aquella política maldita que, al perder los restos del Imperio colonial más grande del mundo, llenaron a nuestra Patria de lodo y vergüenza. Y no solamente la llenaron de lodo y vergüenza, sino que envolvieron aquella bandera defendida tan valiente y heroicamente por nuestro Ejército en un velo de cobardía, cuando la cobardía no existía más que en aquellos desdichados e ineptos gobernantes, que no se rindieron ante el Ejército de una Nación rica y poderosa, sino que se rindieron ante la turba inconsciente de patrioteros españoles. Aquella atmósfera letal les envolvió.[11]

Ese sentimiento de divorcio con la clase política de la Restauración, reflejado por dos hombres con carreras tan diferentes y trayectorias tan opuestas, pero con la característica común de haber vestido el uniforme, muestra la más que probable unanimidad en la mentalidad militar tras la derrota ultramarina.

En cualquier caso, este ataque a la clase política oculta que los Ministerios de Guerra y Marina estaban dirigidos por militares, por lo que la responsabilidad política era también de ellos.

CATALUÑA

Si hubo un lugar donde se acusó a los militares de la derrota fue en Cataluña. El catalanismo nacionalista, que había sido irrelevante y reducido a un grupo de jóvenes entusiastas, vivió un notable crecimiento tras el desastre del 98. En la prensa, tanto en la seria como en las revistas satíricas, se culpaba al Ejército de la contundente derrota que había afectado a las exportaciones catalanas y, por tanto, a la burguesía. La crítica se fue tornando en mofa y burla, y las portadas de la revista satírica *¡Cu-cut!* comenzaron a utilizar el asunto de la ineficacia militar española de forma cada vez más recurrente.

Entre 1902 y 1905 se sucedieron las viñetas, algunas de las cuales, publicadas como única y principal en la portada, ridiculizaban a generales, almirantes, oficiales y marinos.

La prensa militar se encargaba de encender los ánimos de las salas de banderas, donde se reunían unos cada vez más ociosos oficiales a leer el periódico, tomar café y charlar. Las unidades apenas realizaban unas maniobras al año y el resto del tiempo lo más significativo de sus actividades, además de la instrucción, eran la escolta de procesiones y la represión de las huelgas del cada vez más activo anarquismo.

Una viñeta de la revista mencionada, dibujada, precisamente, por el hijo del teniente coronel José García-Junceda, que había fracasado en el intento de ingresar en la Academia de Infantería,[12] fue el detonante. En la viñeta aparecía una celebración a la que se iban incorporando personas. En primer plano, un oficial de caballería con un lustroso uniforme de húsares le preguntaba a un civil acerca de la celebración, a lo que el paisano respondía: «Están celebrando el banquete de la victoria». La contestación del oficial era: «¿De la victoria? Ah, entonces, serán paisanos».

A pesar de que la historiografía ha tomado esta caricatura como única razón de lo que sucedió después, lo cierto es que es una de las menos lesivas de todas las publicadas, ni siquiera apareció en la portada. Huelga decir que la crítica y la sátira a las instituciones estaban amparadas por la ley y, únicamente cuando se suspendían las garantías constitucionales por estados de alarma o guerra, se aplicaba censura.

Trescientos oficiales de todas las armas y cuerpos de la Ciudad Condal, con la excepción de los ingenieros, asaltaron las sedes de la revista *¡Cu-Cut!* y del diario *La Veu de Catalunya*. Quemaron la imprenta, incluyendo todos los elementos tipográficos y maquinaria de impresión. El hecho escandalizó

a parte de la opinión pública catalana y, al mismo tiempo, provocó una ola en defensa de los uniformados. No solo en la prensa militar, también en algunos diarios conservadores e, incluso, republicanos. El diario *El País* fue uno de ellos, que publicó el día 27:

> Nada más lógico que esa simpatía de los soldados y los republicanos. Somos los que sentimos con mayor viveza el amor a la patria y en este sentimiento comulgan con nosotros los militares […]. En esta ocasión la iniciativa a la protesta ha partido del Ejército. Los republicanos no han hecho otra cosa que secundarla enérgicamente.[13]

Hasta el ministro de la Guerra, el general Luque, envió una carta de apoyo a los indisciplinados desde Sevilla. Incluso el joven monarca, Alfonso XIII, mostró cierta alineación con los militares, lo que supuso la dimisión en pleno del Gobierno de Montero Ríos.[14]

La prensa militar se expresó con gran dureza, como por otra parte solía hacer contra el catalanismo, al que consideraba un movimiento separatista. Habían sido precisamente sus artículos los que habían ido calentando el ambiente en los últimos dos o tres años. La victimización de la oficialidad militar se iba incrementando a medida que recibía más ataques. La publicación posterior al incidente decía cosas como estas:

> Para los catalanistas: ¡Chusma miserable!… ¡Canalla indigna!… Manchamos nuestra pluma dirigiéndonos a vosotros, dándoos la beligerancia de seres […].Ya ha surgido la chispa; ya… ha comenzado el principio de vuestro fin; ya… nos han oído nuestros compañeros. El Ejército no podía resistir por más tiempo vuestro cobarde proceder, porque sois unos cobardes que gritáis juntos, injuriáis a traición y merecéis que os destruyan como leprosos, quemen vuestros miserables despojos y aventen vuestras asquerosas cenizas.[15]

A partir de este momento se inició una campaña, promovida por el diario militar, para una proposición de ley que tratara los delitos contra la integridad de la patria. Considerando que los insultos a la bandera, los símbolos y el Ejército entraban dentro de estos.

Se pidió a los comerciantes que no adquirieran productos catalanes o bizcaitarras. También se instaba a los vecinos barceloneses y bilbaínos para que no compraran productos de los comercios separatistas.[16]

LA LEY DE JURISDICCIONES

El Ejército seguía teniendo una enorme influencia en la clase política, a pesar de todo lo sucedido durante la guerra del 98. La presión dio sus frutos y el poder civil se sometió a los deseos del poder militar. La pretensión del ministro de la Guerra, que recogía la opinión general reflejada en la prensa militarista, era que se incluyeran todas las ofensas a la patria. Al final, la ley redujo los delitos a los ataques directos al Ejército y la Marina, a cuyos tribunales se les concedía la potestad para juzgar «a los que de palabra o por escrito, por medio de imprenta, grabado u otro medio mecánico de publicación, en estampas, alegorías, caricaturas, emblemas o alusiones, injurien u ofendan clara o encubiertamente al Ejército o a la Armada».[17] Este párrafo de la nueva y controvertida ley modificaba el Código de Justicia Militar en su artículo 7.º.

La competencia de los fueros de guerra y marina para juzgar estos delitos suponía que cualquier crítica de las características de las publicadas en *¡Cu-Cut!*, derivara en consejos de guerra.

El Imparcial, *El Heraldo* o el *ABC* se mostraron contrarios a la ley, mientras que a favor se postulaban *La Correspondencia Militar*, *La Correspondencia de España y La Época*.

La controvertida ley se aprobó no sin gran discusión, incluso dentro del propio Gobierno. Para mayor dificultad, todo se llevó a cabo en medio de un importante evento internacional que impedía una crisis de gabinete, una conferencia en Algeciras que decidiría el futuro de los militares españoles para las próximas cinco décadas.

4

LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS

Una Alemania joven pero emergente y con ansias imperialistas, dispuesta a competir con Francia e Inglaterra, mostró su interés por Tánger y cualquier espacio del continente africano que quedara sin colonizar. Los otrora eternos rivales, a los que España combatió unas veces, aliándose con ellos otras, coincidían por primera vez en siglos. Cuando el Imperio hispano era el dominador, eran Francia o Inglaterra los que se aliaban con él para contrarrestar a su otro enemigo. Cuando España comenzó a ser más débil, debió elegir bando, situándose a un lado u otro en función de las circunstancias.

Para frenar las ansias germanas, las potencias que tenían algo que decir en Marruecos y en África se reunieron en Algeciras. España hacía de anfitrión, habida cuenta de la proximidad con las costas marroquíes, visibles desde la ciudad gaditana, y la posible influencia española en el norte africano, ya que allí poseía algunos pequeños territorios y un archipiélago que otorgaba una gran ventaja geoestratégica.

Solo habían pasado ocho años desde la derrota ultramarina, y el prestigio, la moral del país y el orgullo se presentaban en las horas más bajas. España no podía decir ni exigir mucho, su debilidad internacional era un hecho consumado. Su armada era casi inexistente y su Ejército estaba en horas bajas.

A lo largo de la historia, en las relaciones internacionales los escrúpulos siempre han quedado pisoteados por los intereses. Ante el peligro alemán, británicos y franceses se hicieron ojitos. El objetivo era evitar a la más que emergente potencia la posesión de ningún pedazo de tierra que pudiera permitirle ejercer algo de influencia en la entrada al Mediterráneo.

Marruecos era un estado incapaz de controlar sus innumerables cábilas, étnicamente heterogéneo y con regiones con poco o ningún sentimiento de pertenencia y lealtad al sultán. Para colmo, el pretendiente al trono estaba en franca rebeldía, defendiendo una independencia absoluta de Marruecos que ahora se veía amenazada en la larga conferencia donde se decidía el futuro del débil estado africano.

Por otra parte, la colonización de la época, aunque con un poco disimulado espíritu extractivo, traía también progreso y formación para la nación que la sufría. En Algeciras, no obstante, lo que se dirimía era una guerra entre el Reino Unido y Francia, por un lado, y Alemania por el otro. Un conflicto azuzado por las ansias expansionistas del Imperio alemán. El resultado no gustó a la prensa francesa, temerosa de las tretas del káiser: «Se ha evitado la guerra, pero el conflicto puede renacer con motivo de un grano de arena. Aprovechemos la experiencia hecha, y como decía Cromwell, conservemos nuestra pólvora bien seca, porque el káiser, por cualquier niñería, blande su bien afilado sable».[1]

Con la excepción del diario republicano *El País*, muy influenciado por Francia, que se mostró escéptico a lo conseguido en Algeciras, la prensa más afín a los partidos dinásticos vio en el resultado de la conferencia un éxito internacional de España. Para muestra, *El Liberal:*

> Con plena convicción repetimos lo dicho en números anteriores. Desde el año negro de 1898, esta es la primera claridad que nos conforta y nos alumbra.
>
> Se señala un punto de partida y nos abre horizontes nuevos, en los cuales, si tenemos juicio, voluntad y sentido común, encontraremos razonables compensaciones. Fácil es que encontremos también el total acabamiento si no acertamos a enmendarnos de resabios y hábitos antiguos; y he ahí por qué conviene que cada cual, según sus medios, procure enterar al país del alcance de la solución, exponerle la realidad en sus distintos aspectos, y prevenirle con serenas observaciones lo mismo contra el excesivo descreimiento que contra la desmedida confianza.[2]

España conseguía una victoria por partida doble, al menos así era vista por la maltratada percepción de lo ventajoso. Lo más importante, sin duda alguna, es que se había evitado una guerra que llevaría como disputa el norte de Marruecos y, por ende, habría salpicado al país de lleno, con una Espa-

ña carente de fuerza suficiente para poder hacer frente a ninguno de los litigantes en un conflicto de esas características. El enfrentamiento entre británicos y franceses con los alemanes se pospuso ocho años y fue en los campos de batalla europeos donde al final dirimieron sus diferencias. España pudo permitirse el lujo, lejos de la línea de confrontación, de permanecer neutral. Otra cosa habría supuesto un auténtico desastre. Por otra parte, Francia no consiguió la exclusividad en Marruecos.

Pero ¿qué se alcanzaba en el mencionado acuerdo?

España y Francia, cada una en un sector determinado y en otros conjuntamente, llevarían a cabo una misión de formación de la policía serifiana, contribuyendo así a la expansión del poder del sultán. Lógicamente, la policía que debía formarse era un instituto armado militarizado y por lo tanto sus mentores estarían bajo la autoridad soberana del Gobierno marroquí.

España, para llevar a cabo la misión descrita en el punto anterior, debía nombrar oficiales y suboficiales instructores.

España y Francia realizarían labores policiales directas en los ocho puertos marroquíes abiertos al comercio universal, en los cuales residían súbditos europeos. El Ministerio de la Guerra, por tanto, debía nombrar unos cuantos oficiales y suboficiales para la policía de Tetuán y Larache, que fueron los dos puertos que nos habían tocado en suerte. Además, en Casablanca y Tánger se asignarían otros tantos para actuar de forma conjunta con los franceses.

Por otra parte, España conseguía una serie de ventajas comerciales en el Rif, y en general en las regiones fronterizas de sus posesiones, incluida la vigilancia del contrabando de armas en estas regiones, en coordinación con la policía francesa.

Otro aspecto positivo fue que la política internacional española ya no tenía que inclinarse hacia París o Londres, pues ahora estos eran aliados y, habida cuenta de los intereses comunes o los encontrados, el lugar donde había que quedarse era junto a ellos, porque Alemania quedaba muy lejos y no parecía una gran amenaza para la península ibérica.

Al final, el resultado era lo de menos. La valoración positiva resultaba de ver a España, de nuevo, en los ambientes internacionales, aunque fuera como segundona. Por otra parte, se abrían algunas posibilidades comerciales en las zonas próximas a las ciudades españolas en África.

5

LA COMPAÑÍA ESPAÑOLA DE MINAS DEL RIF

El hierro era uno de los minerales fundamentales durante la Revolución industrial. España producía ese metal extrayéndolo de sus minas. Vizcaya había sido, tradicionalmente, la zona con mayor producción. Si la industria textil fue el motor económico que hizo florecer a la burguesía catalana, la siderurgia había conseguido lo propio con la vizcaína. Sin embargo, al llegar el cambio de siglo, comenzó un agotamiento progresivo de la cuenca vasca. Dentro de la península, la mitad del metal era extraído por compañías extranjeras, fundamentalmente británicas, y solo el 45 por ciento por empresas españolas.

Los empresarios de la siderurgia comenzaron a buscar yacimientos que no implicaran un gran esfuerzo en medios. Lo ideal era una localización a cielo abierto y con un puerto de mar en las proximidades.

Yibali Ben Mohamed El Yusfi Zehoni, conocido por los españoles como el-Roghi, un aspirante al sultanato de Marruecos que se había convertido en el líder real de las cábilas próximas a Melilla, pactó con un ingeniero francés la concesión de la explotación de todos los minerales de plomo, cobre, oro y plata en los montes de Guelaia a cambio de una importante suma de dinero. El Roghi tenía su cuartel general en la Alcazaba de Zeluán y fue allí donde se firmó el acuerdo.[1]

Con la llegada de rumores de la venta del derecho a explotaciones mineras, el interés por coger parte del pastel llegó a Melilla, muy próxima a Zeluán. La comunidad judía melillense tenía una gran influencia en la población y controlaba, entre otros, el negocio inmobiliario. Un hebreo procedente de

Orán y que se había afincado en la ciudad española, consiguió un contrato con el Roghi que ofrecía una concesión similar a la del ingeniero francés.

Cualquier negocio de explotación en las ciudades próximas a Melilla pasaba por las manos del Roghi. Un comerciante español, Clemente Fernández, se entrevistó también con el líder marroquí y vio un posible negocio en la explotación minera. No disponía de capital ni conocía el sector en profundidad, por lo que fue a Vizcaya a buscar posibles inversores. Tras reunir a varios interesados, se creó una compañía y en junio de 1907 compraron los derechos al líder marroquí para explotar dos posibles yacimientos,[2] las minas de Afra y de Uixan. Ambas tenían mineral de hierro de fácil extracción. Para la concesión se precisaba también la aprobación del gobernador militar de Melilla, el general de división José Marina Vega.

Los interesados tenían problemas para reunir toda la cantidad económica que se les demandaba, por lo que se unió a ellos Álvaro de Figueroa y Torres, el conde de Romanones, un aristócrata que ya había sido alcalde de Madrid con tan solo treinta años. Miembro del Partido Liberal, ocupó todas las carteras ministeriales posibles con excepción de las de Guerra y Marina, y fue presidente del Consejo de Ministros en varias ocasiones.

Tras mucha negociación y la inclusión de un cuarto inversor y participante, el conde Güell, en junio de 1908 se constituyó la Compañía Española de Minas del Rif.

Si el Roghi era un aspirante al trono marroquí que desafiaba la autoridad del sultán y que vendiendo los derechos de explotación minera conseguía financiar su harca, ¿cómo es posible que los empresarios españoles y franceses negociaran con él las concesiones? Y, lo que es peor, ¿por qué los acuerdos eran refrendados por el gobernador militar de Melilla?

LAS CÁBILAS

Marruecos era un reino con muchas peculiaridades. El sultán era el jovencísimo Mulai Abdulaziz, quien había llegado al trono al morir su padre, Hassan I, que había desheredado al mayor de sus hijos. Abdulaziz era el menor de diecinueve varones y, sin embargo, subió al trono a los dieciséis años.

El país estaba inmerso en conflictos civiles y el poder del sultán se limitaba a la capital, Fez y algunas tribus circundantes. Mientras, el resto del territorio estaba en manos de los caídes de las diferentes cábilas.

El estado se denominaba Majzén y estaba formado por una suerte de ministros llamados visires cuyo líder era una especie de valido del sultán, elegido por este y que tenía el cargo de gran visir del Majzén.

El sultán era hijo de una europea y había consentido influencias extranjeras que eran vistas con reticencias por el Majzén, cuyos miembros solían heredar su posición de privilegio. El objetivo que se había marcado el joven Abdulaziz era el de modernizar el país. Marruecos vivía en un sistema feudal, con una gran atomización de cábilas, es el nombre que en el mundo bereber se le da a la tribu o al clan. Las cábilas componían territorios en los que el Majzén apenas tenía influencia. Eran regidas por los caídes, que solían heredar esa responsabilidad. El norte de Marruecos era poco productivo y las tribus, aun siendo sedentarias, disponían sus poblados a lo largo de cursos de agua estacionales que proporcionaban una pequeña agricultura de subsistencia. Los poblados tenían casas de piedra, ladrillo o adobe, pero también se encontraban aduares, pues parte de los rifeños se dedicaban a la ganadería y, por tanto, nomadeaban para proporcionar alimento a sus rebaños.

Dentro de la provincia del Rif, la que rodea Melilla y la primera que va a ser objeto de estudio, abundaba la cebada, el algarrobo, cereales y pastos para el ganado como principal base de subsistencia. Entre las cábilas, la que más posibles presentaba, desde el punto de vista de la agricultura, era la de Tensaman, pues disponía de árboles frutales: naranjos, viñas, higueras y olivos. También la de Beni Urriaguel era más productiva que la media. La mayoría de los caballos se concentraban en Bocoia, siendo poco numerosos en el resto.[3]

Con esta estructura, sin tecnología equiparable a la de los países europeos, con comunicaciones muy deficientes y, en ocasiones, inexistentes, era habitual que las cábilas combatieran entre ellas, sometiéndose a la más fuerte y, a partir de ese momento, mostrando su lealtad proporcionando tributo y guerreros para ejecutar razias sobre otras cábilas. La influencia del sultán era mínima en el norte de Marruecos y la región estaba entregada a disputas internas entre los caídes. Abundaba el pillaje y afloraba la ley del más fuerte en toda su plenitud. Para resolver sus pleitos mediante el uso de la guerra, cada cábila organizaba harcas, que conformaban una especie de unidad militar temporal que se organizaba para un misión o campaña concreta y que, una vez resuelta, se disolvía y los harqueños regresaban a sus poblados para proseguir con sus quehaceres cotidianos.

El Roghi no pertenecía a ninguna de las cábilas del norte, pero se refugió allí para continuar con sus aspiraciones de derrocar al sultán. Contaba con unos 1500 guerreros y actuaba como un auténtico señor de la guerra. Habida cuenta de que las cábilas próximas a Melilla se habían sometido al Roghi y su harca, el gobernador militar autorizaba las inversiones y los pagos en un entendimiento de la situación real marroquí.

Muley Mohamed el Roghi o pretendiente era en realidad un oportunista que se hacía pasar por el príncipe Muley Mohamed el Tuerto, hermano mayor del sultán Abdulaziz. A pesar de que el personaje real se había presentado en Fez para demostrar que el Roghi era un impostor, este había conseguido convencer a los cabileños del Rif de que era el heredero legítimo al trono marroquí. Las mehalas del sultán que trataron de capturarle habían sido derrotadas y su poder se hizo firme en el norte. Para poder someter a las cábilas rifeñas necesitó de la lealtad de los caídes más fuertes. Uno de ellos era Mohamed el Chadly.

LA FACTORÍA

Melilla, a pesar de no disponer de un puerto real, era, en realidad, un puerto franco para el comercio. Gran parte de este estaba dominado por los hebreos melillenses que vendían productos importados de Europa a los cabileños. El comercio era vital para la supervivencia de la ciudad, ya que constituía su principal fuente de ingresos.

La población melillense era de unos 11.000 habitantes y la ciudad estaba en pleno crecimiento. La guarnición militar, a cuyo mando se encontraba el general Marina, nunca excedía los 4.200 soldados.

El Roghi, en su afán de conseguir fondos para su causa, había concedido a una compañía francesa unos terrenos para montar una factoría comercial en la Restinga,[4] muy próxima a Melilla. Los habitantes de la ciudad, alarmados, reivindicaron que aquello suponía una injerencia francesa sobre sus derechos. Los comerciantes locales comenzaron a ejercer presión sobre el gobernador, el general Marina. El comercio era llevado a cabo por 191 casas extranjeras, dedicadas fundamentalmente al mercadeo con las cábilas, y 60 españolas que manejaban los negocios del interior de la ciudad. Entre las extranjeras se contaban las 20 casas hebreas, que eran muy importantes pues disponían del monopolio del comercio con el Roghi.[5]

Un tal Delbrel, aventurero francés, pretendía construir varias factorías comerciales en los territorios del Roghi. Su plan inicial incluía no solo la Restinga, también Tres Forcas, así como otras dos en la Mar Chica.

España pidió al sultán el desalojo de los nuevos comercios por amenazar el modo de vida de los melillenses y su escandalosa proximidad a la ciudad. El sultán envío una mehala, que llegó con el ímpetu necesario para desalojar y ocupar la factoría de la Mar Chica. Algunas cábilas, como la de Quebdana, se unieron a las tropas del sultán, pero la mayoría siguieron apoyando al Roghi.

El 4 de enero de 1908, mientras la mehala trataba de hacerse fuerte en la Mar Chica, el sultán fue derrocado por su hermano Abdulhafid. El nuevo inquilino del palacio real de Fez era contrario a la intervención franco-española. Su rebeldía se apoyaba en el rechazo a la injerencia extranjera, aunque su evolución posterior fue de colaboración, especialmente con Francia. Este cambio en la capital marroquí dejó a la mehala sin víveres y abandonada por el Majzén, por lo que sus jefes pidieron a Marina poder refugiarse en Melilla. Las circunstancias ofrecieron una excusa perfecta al general y gobernador, quien, acogiéndose a lo pactado en la Conferencia de Algeciras y, habida cuenta de la incapacidad del sultán para poder extender su autoridad, se decidió a realizar acciones militares fuera de los límites de la ciudad en aras de la seguridad de Melilla y sus habitantes

En realidad, el objetivo principal era desmontar los puestos comerciales que se estaban instalando y que ahogarían el sustento de los melillenses. No se puede dejar de lado la presión ejercida por los numerosos comerciantes sobre el general Marina, que no tenía más opción que reaccionar antes de que afloraran factorías por todo el territorio y Melilla quedara en una situación marginal.

El 14 de febrero de 1908, una columna mandada por el teniente coronel Venancio Álvarez Cabrera, jefe de la Brigada Disciplinaria, llevó a cabo una operación para ocupar la factoría de la Mar Chica. Durante el desembarco, los moros, que habían practicado trincheras para proteger la factoría, hicieron fuego contra las tropas españolas, pero el cañonero *General Concha* bombardeó las posiciones y huyeron.

El general Marina había escrito a Muley Mohamed, el Roghi, antes de ejecutar la operación justificando que esta se realizaba por órdenes del Gobierno marroquí. También se avisó al Chadly de que cualquier acción en contra sería tomada como un acto hostil. El encargado de llevar ambos men-

sajes fue uno de nuestros protagonistas, el teniente José Riquelme y López Vago,[6] el único de los que tras graduarse en la Academia de Infantería en 1897 fue destinado a Melilla. En 1908, Riquelme estaba destinado en la Oficina de Asuntos Indígenas, de reciente creación, y era uno de los pocos oficiales que había conseguido dominar el árabe, por lo que era el enlace con el Roghi y otros líderes locales.

Las cábilas no se opusieron a la ocupación y la de Quebdana, partidaria del sultán, menos aún, ya que, de ese modo, España se convertía en un fuerte aliado para poder apaciguar las ansias de venganza de Roghi.